



ECKARDT, Wolf von

A place to live. The crisis of the cities

New York, Delacorte Press, 1967, xviii, 430 págs., fot. y lám.

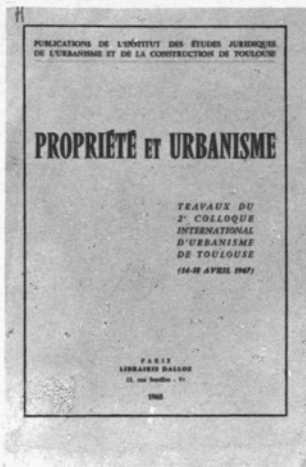
«A place to live» —un lugar para vivir— es una proeza sorprendente, ya que agrupa un considerable número de temas relacionados entre sí pero distintos en su fondo, temas tratados con gran rigor y solidez. El lector podrá encontrar un excelente periodismo, un ensayismo práctico, un espíritu de crítica parcial, una clara perspectiva histórica y una sólida estructura de los valores humanos. El libro nos habla de arquitectura desde un plano que arquitectos y urbanistas podrían considerar alentador, mientras que el hombre de la calle considerará novelístico y revelador. Agrupando los temas tratados llegaremos a comprender todas las dificultades que entraña la vida moderna y la cura que se precisa en esta época, cura que será decisiva para lograr la viabilidad de este complejo planeta. La arquitectura y el urbanismo condicionan de tal modo nuestra vida que uno se ve forzado a compartir las responsabilidades anejas al arquitecto y al urbanista, pues en otras épocas el suelo libre era inmediblemente extenso para la población que podía disfrutar de él y esto permitía al arquitecto y al urbanista hacer y deshacer libremente a su gusto, pero en la actualidad el suelo se está haciendo angustiosamente pequeño y es necesario tomar conciencia de nuestras necesidades comunes, revelarlas al profesional y entre todos y para todos administrar el suelo para sacar el máximo rendimiento y las máximas

comodidades que hagan la vida más fácil y sencilla. El arquitecto no es sólo un constructor, es también un artista y un profeta que, en base a la observación del mundo y sus dificultades, debe concebir la forma de hacer agradable la vida y debe hacer viable esta placidez deseada y buscada por todos. Este confort que buscamos ha de salir de las paredes de nuestro hogar, pues la vida hogareña es algo menos de la mitad de nuestra vida y el confort de esta faceta de la vida, es fácil, pues lo organizamos a nuestro gusto; por otra parte, el hombre pasa una parte muy importante de su vida en la calle, en el trabajo, en la tienda, en el campo, etc., y para que estas necesidades y desahogos sean tan placenteros como la vida del hogar, es necesario dotar a la urbe y a la metaurbe de un aspecto de pertenencia, de interés y de adecuación a la vida en común. Este sueño dorado de ahora antes era realidad, pero las cosas han cambiado, pues el espacio es el mismo y la población y sus actividades han incrementado desproporcionadamente. En la actualidad la arquitectura y el urbanismo son un producto social que tiene como misión trasladar el deseo de una época a las posibilidades del espacio.

En la primera parte del libro el autor expone cómo la mayoría de los arquitectos han contribuido a la destrucción más que a la creación de esa apariencia de amplitud tan deseada en ciudades y suburbios; la segunda, revive las nobles ideas de los «antiguos modernos» que trataron de unir el arte con la técnica para hacer viable la era de la revolución industrial. Tras describir cómo fueron traicionadas estas ideas en la batalla de estilos de mediados de siglo, la cuarta parte destaca y defiende la importancia del urbanismo teniendo en cuenta la tradición y la evolución en las ideas; en quinto lugar se resaltan los esfuerzos de los arquitectos actuales por renovar la América urbana; finalmente, se pone en tela de juicio la importancia que el sentido de comunidad tiene para la arquitectura y el advenimiento de la ciudad deseada. Como afirmaba Aristóteles, «no merece la pena que ven-

gamos todos a la ciudad si no es para seguir viviendo una buena vida».

Fernando Rodríguez Ramos



COLLOQUE INTERNATIONAL D'URBANISME (Toulouse, 14-18 abril 1967).

Propriété et Urbanisme.

Paris, Dalloz, 1968, 278 p.

La Municipalidad de Toulouse, la Unión Internacional de Arquitectos y el Instituto de Estudios Jurídicos de Urbanismo y de la Construcción han sido los organizadores de este coloquio que ha reunido a urbanistas y letrados de toda Europa, tanto del Este como del Oeste. Se han planteado las cuestiones que afectan al urbanismo actual del lado de la propiedad del suelo.

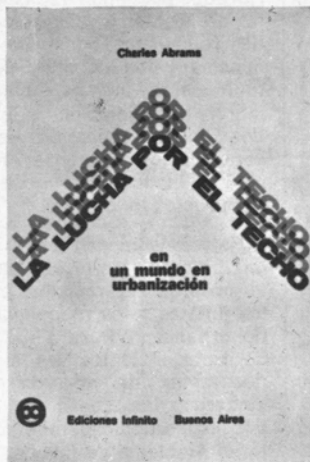
«...Si se quiere movilizar el terreno, el suelo urbano, en beneficio de la colectividad, es preciso que no se interponga un personaje caído del cielo: el especulador. No es cuestión de erigirse en adversarios absolutos del derecho de propiedad, sino buscar los medios adaptados a la actualidad. Quizá no sea más que un deseo platónico, pero desearíamos que el terreno urbano fuera considerado como una especie de propiedad colectiva sobre la cual el Estado pudiera intervenir dejando al individuo la posibilidad de poseer su casa y de hacer de ella objeto de transacción o venta» (Ben Enbarek). «...Usted intenta expoliar a los propietarios. No

se concibe que el propietario sea privado sin indemnización. Esto crea un problema social considerable. Y tiene usted, por otra parte, el terreno periférico, el terreno rural, que avoluciona hacia el terreno urbano y éste es el que plantea mayores problemas, ya que no es especulación propiamente dicha» (Daffont). He aquí planteado rápidamente el problema del coloquio de Toulouse. Todas las ponencias y los debates, sobre todo estos últimos, intentan lograr una solución a estos dos polos: supresión de la especulación y conservación de esa institución que se llama propiedad privada.

Relacionado con esto mismo, pero en otro nivel, estudió el coloquio la relación entre los juristas y los responsables del urbanismo. Puesto que han de trabajar juntos, es lógico que estén de acuerdo. Sin embargo, las cosas no son tan fáciles como parece. Existe un problema de tiempo. Los encargados del Derecho están enfrentados con la solución de los problemas de cada día concreto y parecen no estar dispuestos a ofrecer los medios legales adecuados a un planteamiento a largo plazo de los problemas. Por otra parte, resulta lógico, pues lo normal es que el Derecho vaya detrás de las situaciones concretas que históricamente se van planteando. El urbanista, por el contrario, está obligado a resolver su problema de cara al futuro: planear la ciudad del año 2000, en la que vivirá el 80 por 100 de la población humana. Se trató, además, de la fiscalidad del suelo. Aquellos que ofrecieron la imposición como vía para resolver los problemas de financiamiento, encontraron oponentes en aquellos otros, más realistas, que insistieron en la traslación de todo tipo de impuestos hacia el utilizador último del suelo y la comunidad local. En definitiva, y como núcleo de toda la reunión, alrededor de lo que giró todo lo demás, se intentó armonizar el individualista derecho de propiedad del suelo con una racionalización de la vida en las ciudades. Siempre desde supuestos exclusivamente técnicos, se indagaron caminos para la armonización de los intereses colectivos con los individuales, tomando como dato estos últimos. Al escoger esta alternativa, lo que hubiera podido ser un coloquio constructivo se convirtió en una charla de expertos que resaltó la necesidad de plantear

el problema como esencialmente político y en el que tiene una importancia capital la toma de posición y de conciencia del ciudadano.

Ricardo Blanco



ABAMS, Charles

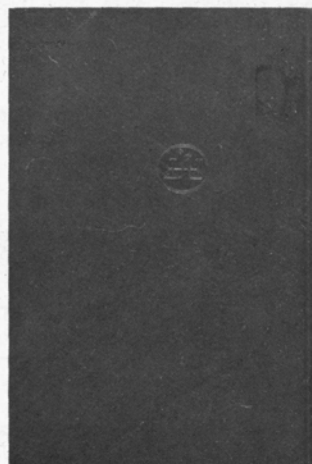
La lucha por el techo en un mundo en urbanización.

Buenos Aires. Ediciones Infinito, 1967, 366 págs. 1 h.

En el mundo se ha planteado un problema gravísimo con el aumento de población y la falta de alojamientos. No hay suelo suficiente para construir viviendas que alojen decentemente a la población de las ciudades; mientras tanto, éstas, en lo que va de siglo, han visto incrementar su número de habitantes como no habían aumentado los dos mil años anteriores. Hay en el mundo hoy muchos lugares en los que las personas duermen en la calle, y en todo él encontramos alrededor de las grandes ciudades espacios habitados en condiciones infrahumanas. Individuos que luchan, sufren los agobios de las más duras especulaciones e incluso mueren por disponer de un mal tugurio donde asentarse. El autor hace una minuciosa descripción de la situación por países. También se plantea un problema de espacio al tener que comer, constantemente, la ciudad terreno a las zonas agrarias, con la consiguiente merma de fuentes de alimentos. Al lado se alzan los inconvenientes de tipo económico, que impiden el afrontar directamente el problema. El autor fija los determinantes de relación en-

tre desarrollo y vivienda. La planificación merece su atención desde varios puntos de vista, entre ellos el oficial, que no sólo lo enfoca a escalas nacionales, sino inclusive a través de los organismos supranacionales. Los aspectos de la financiación son muy variados, pues van desde la autofinanciación y la construcción a plazos hasta los programas de préstamos para techos. En los programas de ayuda, aparte del de las Naciones Unidas, el autor pide una implicación mayor del Banco Mundial, la IDA y el Banco Interamericano del Desarrollo, e incluso recaba mayor aportación de los Estados Unidos en sus contribuciones a la ONU para los programas de ayuda urbana.

Enrique Orduña



WINGO, London

Cities and Space. The future use of urban land...

Edited by Baltimore. The Solens Hopkiss Press, 1964, 34, 261 págs. 4 láms.

La presente obra es un ensayo publicado con la colaboración de la Fundación Ford y The Fourth Resources for the Future Forum. Recoge los trabajos de nueve especialistas en los problemas del espacio urbano con motivo de un symposium. Estos ensayos se refieren al área ocupada por el espacio urbano, desde el punto de vista de los recursos que en un futuro precisarán para su crecimiento y desarrollo las ciudades americanas principalmente, así como las actividades económico-sociales necesarias para propor-

cionar una eficiente estructura al espacio urbano. El concepto de espacio lo domina todo. La ciudad existe en el espacio, sus actividades ocupan espacio, el espacio constriñe la interacción de todas sus actividades, etc. Estudia entre otros aspectos la importancia del espacio abierto en el modelo urbano; la forma y estructura del futuro complejo urbano, el espacio urbano y su diseño, la medida humana, el hombre y la familia en la Megalópolis; el control en el espacio económico de la ciudad, el control social, el espacio urbano, la previsión social y el uso del espacio urbano. Naturalmente, es considerado el espacio urbano en función de la región donde se ubica, sobre todo en el capítulo dedicado a los proyectos en espacios abiertos. Son muy interesantes las relaciones que establece Frederik Yuthim entre el arte, la arquitectura, la estética de percepción y el diseño del espacio urbano. Efectivamente, la planificación del espacio en una ciudad debe ir guiada por los más altos ideales para conseguir el éxito.

E. O.



LEDROUT, Raymond

l'espace social de la ville.

Paris, Editions Anthropos, Paris, 1968, XVII, 370 páginas y 12 láms.

El reparto de los hombres por el espacio que pueden ocupar, la distribución de los edificios que los alojen, los lugares donde puedan abastecerse, las vías de comunica-

ción para sus desplazamientos producen un orden social que se mantiene fijo a pesar de los cambios particulares que se producen cada momento. La ordenación urbana no sólo es la elaboración de un plan de urbanismo, es la adaptación constante de todos los elementos móviles e inmóviles que hacen la realidad espacial de una ciudad y es también un urbanismo total en la medida en que éste no es sólo la forma de la ciudad, sino la causa. La organización del espacio en sus diversos aspectos depende en cierta manera de la estructura colectiva. El autor dedica el resto del libro a los problemas planteados en Toulouse y en la Haute Garonne. Dedicó el capítulo final a la ordenación del espacio social urbano.

La organización del espacio social en unidades colectivas de diverso nivel, coordinadas y jerarquizadas, aparece como una constante del orden y del funcionamiento eficaz de una sociedad urbana. La composición del espacio urbano exige siempre una relativa autonomía de los diversos elementos: barrios, grandes barrios e incluso ciudades secundarias. Pero siempre relacionará la jerarquización a que nos referimos anteriormente. La distribución del espacio en una ciudad depende, sea más o menos abierto, de la diferenciación social de sus habitantes. En tiempos pretéritos la dimensión del espacio social correspondía rigurosamente a la diferenciación profesional o social, con lo que se formaba un tipo de ciudad netamente específico. Sin embargo, la ciudad de nuestros días está compuesta de una multitud de tipos de agrupaciones entre el individuo y la colectividad urbana, pero ninguno asume un papel fundamental sobre el plano urbano. Efectivamente, vemos incluso en las viejas ciudades que los espacios urbanos en que se asentaban determinados grupos sociales, con el tiempo y las evoluciones económico - sociales-demográficas van diluyéndose y dan paso a otros miembros de la colectividad urbana que subsumen completamente a las anteriormente asentadas.

E. O.